

El recuerdo para las "madres" pampeanas

Al menos cuatro madres de desaparecidos pampeanos se ataron el pañuelo de Madres de Plaza de Mayo y marcharon para reclamar por sus hijos durante y después de la dictadura. El recuerdo de las que enfrentaron el terror y la condena social.

NORBERTO G. ASQUINI

JUAN CARLOS PUMILLA

Elodia "Porota" Segurado, madre de Alfredo Veleda; Celia Jinkis, de Eduardo Korsunsky; Olga Molteni, de Liliana; Aurora Alonso, madre de Juan Carlos Andreotti; y María Tartaglia, de Lucía; son parte de aquellas mujeres que emprendieron la búsqueda de sus hijos desaparecidos bajo el terrorismo de Estado en los '70. Hoy, a treinta años de la primera reunión de Madres de Plaza de Mayo, recordamos a esas mujeres que se ataron los pañuelos blancos en sus cabezas como bandera de lucha y reivindicación y símbolo de los Derechos Humanos.

La búsqueda.

Durante la dictadura militar los familiares de los desaparecidos observaron cómo sus hijos, esposos, esposas o parientes eran arrancados de sus casas secuestrados por grupos de tareas o un día en algún lugar se les perdía el rastro donde poco antes había estado un grupo de uniformados.

Algunos sabían que su gente tenía alguna militancia y de las consecuencias que podía traer aparejada esa condición en un país que había llegado a niveles de violencia nunca antes alcanzados. Otros fueron sorprendidos por la cotidianidad del horror.

El terror implementado en el Proceso no tuvo los mismos efectos para todos. Algunos quedaron paralizados, otros se sumieron en la condena, o iniciaron el camino de la búsqueda de sus hijos.

"Y ante la ausencia inexplicable, dolorosa, un vacío donde se intuía el horror, los familiares iniciaban su peregrinación por los juzgados, el Ministerio del Interior, cuarteles, dependencias policiales, hospitales, morgues, iglesias, pidiendo ser recibidos, planteando sus dramas, pero las respuestas eran ambiguas y en algunos casos culpabilizaban a los padres por la suerte corrida por sus hijos. En estas búsquedas desesperadas sufrían humillaciones y el desgaste era inevitable", afirma el libro de Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora en recordación a los 30 años del golpe de Estado.

En su búsqueda temerosa o inconsciente, esas madres se encontraban con otra gente que narraba los mismos horrores o transmitía las mismas incognitas. Fue entonces cuando un pequeño grupo de mujeres que luego de recorrer oficinas, despachos, iglesias y ministerios decidió desafiar al poder militar para reunirse y reclamar por sus hijos y miles de desaparecidos.

Dignidad y coraje.

Fue Azucena Villaflor de Devicienti la que levantó su voz en el Vicariato de la Marina donde aguardaba junto a otros familiares tener alguna noticia, y enseguida se sumaron otras voces. Comenzaron los encuentros en bares, confiterías y domicilios casi en la clandestinidad. El sábado 30 de abril de 1977, a las 16.30, fue la primera reunión en la Plaza de Mayo. Catorce mujeres se encontraron con el deseo de hallar a sus hijos. Los "nombres de la dignidad y el coraje" fueron los de Azucena Villaflor, Beatriz Aicardi, Mirta Acuña de Baravalle, Raquel Arcuschin, Elida Caimi, Haideé Gasteliú, Raquel Mariscurrena, Delicia Miranda, Cándida, Julia, Mercedes y María Adela Gard, Pepa Noia y una joven que permaneció en el anonimato.

"No hubo ronda, ni pañuelos blancos. No era jueves y tenían miedo. Ese día hacía calor y como cualquier sábado la Plaza estaba desierta", indica el libro. Hablaron durante media hora y fue el momento fundacional. Querían que esos encuentros fueran registrados por la sociedad y cambiaron el día de reunión para un día hábil. Al viernes siguiente se duplicó el número de madres. Un año después eran más de cien.

Meses después, durante un acto en Luján y como no tenían cómo reconocerse, decidieron ponerse los pañuelos blancos para identificarse entre ellas. "La elección no fue al azar: los pañuelos eran lo más parecido a los pañales, que todavía eran de tela, y a juicio de las Madres constituían el símbolo de la maternidad". Así se transformó en el símbolo de la lucha por los Derechos Humanos.

"Porota".

Elodia "Porota" Segurado fue la madre de Ricardo Veleda, nacido en General Pico. Ella era hija de una familia acomodada piquense y falleció el 11 de abril de 2004 en Capital Federal. Su hijo Ricardo fue a estudiar a Capital Federal y militó en el peronismo revolucionario. El 14 de mayo

del '77 fue secuestrado en Avellaneda.

En 1976, luego que en La Pampa detuviera a su esposo, Alfredo Veleda, "Porota" se radicó en Capital Federal. Tras el secuestro de su hijo, a los 57 años, fue una de las primeras integrantes del movimiento de Madres de Plaza de Mayo, que por entonces comenzaron a reclamar por la vida de sus hijos los jueves en la Plaza de Mayo, según recuerda Hebe de Bonafini.

La del pañuelo.

Aurora Alonso fue madre de Juan Carlos Andreotti. El joven, nacido en Santa Rosa, fue secuestrado a los 19 años en Capital Federal. Aurora, que se radicó en Capital Federal en el '64, militó en Madres de Plaza de Mayo y estuvo entre el grupo fundacional. "Ella se unió al grupo tempranamente, al grupo madre. Después con las divisiones continuó junto a Hebe de Bonafini", explicó María Rosa Andreotti, su hija. Fuentes familiares confiaron que hubo una gestión oficiosa en una dependencia del Primer Cuerpo del Ejército para saber el paradero de Juan Carlos. Hasta ese lugar fueron varias madres y padres de desaparecidos a los que se pidió dinero para darles datos y que fueron estafados.

La hermana de Aurora, Matilde Alonso, conocida por "Matula", desde Santa Rosa acompañó su dolor y también participó de los grupos de militantes por los derechos humanos que se conformaron en La Pampa. Aurora falleció en agosto de 1997 y "Matula" dos semanas después. Están enterradas en Santa Rosa y sendas placas recuerdan su lucha. Aurora se despidió con el pañuelo de las Madres puesto.

Desde Bahía.

Celia Jinkis marcha desde 1978. Desde Bahía Blanca, donde está radicada en la actualidad luego de vivir en Bernasconi por años, inició la búsqueda de su hijo Eduardo Sergio Korsunsky, desaparecido el 4 de agosto del '76 en San Nicolás. También busca a su nuera, Olga Frañol, secuestrada en 1978 en Capital Federal.

Esa indagación la llevó a deambular por el país. Golpeó muchas puertas y no recibió respuestas. Pasó por cuarteles y comisarías y le exigió a jueces, que le rechazaron trece habeas corpus en diferentes juzgados. Continuó sus denuncias en la Cámara de Apelaciones porteña y un recurso llegó a la Corte Suprema de Justicia en abril del '77, junto a

otros 425 casos.

Hoy es parte del pequeño grupo de Madres bahienses que a pesar de los años mantiene alerta la búsqueda por el destino de sus hijos y la lucha por la memoria y la verdad. "Yo sigo siempre, media chuequita, pero sigo", aclara.

Hija recuperada.

Olga Molteni viajó cuanto pudo desde Trenel, donde todavía vive a sus 82 años, a buscar algún rastro sobre su hija Liliana, secuestrada en Lanús en 1976. Así fue que se acercó a Madres y marchó con ellas mientras pudo viajar desde el '78. Hasta que los años y las distancias pudieron con ella. Para entonces, se había alejado de la corriente liderada por Hebe de Bonafini por diferencias de criterios.

Junto a su esposo realizaron numerosas presentaciones ante organizaciones nacionales e internacionales de derechos humanos, denunciando la detención y desaparición de la joven. Los recursos presentados ante distintos juzgados fueron rechazados o contestados negativamente. A fines de abril de 2005, los restos de su hija fueron identificados enterrados como NN en el Cementerio de Avellaneda. Hoy descansan en Trenel.

La abuela.

Si bien no participó en Madres, es necesario mencionar a María Tartaglia, madre de la santarroseña Lucía, por su búsqueda de años que la llevó a acercarse al grupo fundacional del Movimiento Pampeano por los Derechos Humanos a comienzos de los años '80.

Su hija fue secuestrada a fines de noviembre de 1977 y vista en los centros clandestinos de detención de El Banco y El Olimpo. Tuvo un hijo o hija en el Hospital Militar que fue apropiado por sus secuestradores luego de dar a luz. Ella está desaparecida desde entonces. María continúa hoy la búsqueda de su nieto apropiado.